

(" La Nación, Buenos Aires (R. A.), 20 octubre 1913).



Salamanca, setiembre de 1913

He pasado unos días de excursión por lo más recóndito de España, por la región, le-
gendaria ya, de las Hurdes y las Batuecas, y
los he pasado con dos buenos amigos franceses,
hablando todo el día en francés y hablando
mucho de Francia, pero de la Francia de los
Franceses. Dos buenos patriotas mis dos ami-
gos los franceses, y un patriota yo; cada cual
de su patria. Y los patriotismos, es más aun,
hasta los "chauvinismos", se entienden mejor
entre sí que los cosmopolitismos de diversas
procedencias. Sucede con esto como con las or-
todoxias. Es más fácil que lleguen a ponerse de
acuerdo un rígido ortodoxo católico, apostóli-
co romano y un rígido ortodoxo luterano o cal-
vinista, que no dos librepensadores o dos a-
teos, a los que no parece separa sino leves ma-
tices de opinión. A no ser que se trate de dos
ortodoxos del ateísmo, es decir, de dos rígidos
y dogmáticos creyentes, en el AntiDios.

Ahora se ha puesto de moda en Francia oír a
la juventud, dirigir enquestas, -enquestas, y
no encuestas, ¿he? -a los jóvenes o a los que
se tienen por tales. Porque yo cuanta más voy
entrando en años menos sé que es eso de ser o
no ser joven. Ni quiero saberlo.

¿He de repetiros~~se~~ aquello de que el joven
apenas si sabe lo que opina, que quien no tie-
ne pasado no tiene porvenir y que las esperanzas
se construyen con recuerdos? El joven opera
con el pasado de los otros, no con el suyo pro-
pio.

No conozco el libro de Agalthon, pero publi-
cado en Francia, con las respuestas de un núme-
ro de jóvenes respecto al estado de la concien-
cia actual colectiva francesa. Fio muy poco
de esos florilegios de opiniones en que cada
cual, sabiendo que dispone de poco espacio y
que su contestación ha de figurar al lado de
otras, se esfuerza por concentrar su pensa-



miento y a la vez por que en la expresión descuellos sobre las de los otros. De aquí expresiones paradójicas. No hay género más falso que el de la sentencia. Ni cabe decir en veinte líneas lo que exige mil.

No conozco el libro de Agathon, pero tengo a la vista otro que ha llamado la atención pública y que su autor ha tenido la gentileza de remitirme. Es el de Gaston Riou "Aux e coutes de la France qui vient", con una introducción de Emilio Faguet.

Riou es un convencido protestante; el ardor hugonote enciende su estilo; pero Riou es un buen frances. Acaso es más

francés que hugonote, y el francesismo su verdadera religión. El pueblo francés es para Riou el pueblo escogido de Dios, una especie de pueblo de Israel. Dios dice a Francia: «je t'aime d'un amour unique!», añadiendo: «et j'aimerai tus les hommes en toi». Y en las razones que da Dios a Francia de por qué la quiere con un amor singular y querrá a todos los hombres en ella, le dice, entre otras cosas: «Porque el lucro y el poder no logran contentarte, y no te sientes dichosa sino en la locura de amor y de esperanza, como tu San Luis y tu Juana de Arco, tu Agrippa d'Aubigné y tu Rousseau, y la no interrumpida línea de tus cruzados y tus revolucionarios, me lo prueba.»

Ya lo veis, junto a San Luis, un monarca católico y francés canonizado por la Iglesia, y junto a Juana de Arco, a quien se está a punto de canonizar, dos protestantes; aquel impetuoso Agrippa d'Aubigné, alma de cóleras, el autor de «Las trágicas», y Rousseau, el ginebrino, que fué siempre, en el fondo, y a pesar de sus veleidades todas, protestante, pero que es discutible si llegó nunca a ser francés más que de lengua. Aunque acaso no hay más verdadera patria que la lengua, y tan franceses son Rousseau o José de Maistre como los que por más franceses pasen. A pesar de M. Lemaitre.

Riou es un francés protestante y su patriotismo es un patriotismo a base religiosa. Lo comenta muy agudamente su introductor. Faguet. Y en rigor, todo patriotismo sincero y fuerte tiene siempre una base religiosa, sea de la religión que fuere, aunque sea de esa religión que se disfraza de irreligiosidad. La perfecta, la absoluta indiferencia religiosa, si es que existe en un hombre social normal, es indiferente al patriotismo. La patria es, ante todo y sobre todo, una categoría religiosa.

Creo que he de volver más de una vez ante mis lectores de «La Nación» sobre este libro de Riou, escrito con calor apostólico, con impetu de hugonote, mas por hoy quiero llamar la atención sobre unos párrafos.



«El conflicto—escribe Riou—no ha sido nunca aquí entre el patriotismo y el anti-patriotismo, sino entre dos concepciones de patriotismo. A este respecto la reprobación general suscitada por la política de M. Caillaux es significativa. Nadie ha sospechado, estoy seguro de ello, del patriotismo de este hombre; nadie ha pensado en considerarle como un sin patria. Además, las cámaras han ratificado su tratado. ¿Cómo, pues, interpretar la inquietud que se suscita a su nombre?

«Sin duda alguna, esa inquietud se refiere menos al hombre que a su concepción de la patria, concepción que no le es por lo demás, personal. Muchos políticos y financieros que se creen muy lejos de Herve, participan de ella. Hase insinuado en ellos, poco a poco, gracias a la complicitad de una filosofía práctica, que no ve en el hombre más que el animal y que considera a la vida como una comilona. Hase instalado cazarrramente en el poder. Presidía desde hace algún tiempo—aunque con intermitencia—nuestra política interior. Con M. Caillaux ha intentado por primera vez regir nuestra política internacional. Y ha ocurrido en el país el sobresalto, el grito de alarma del último año.

«¿Qué concepción es esa? Consiste en esto: que la patria no es más que un cuerpo animal. Todo se reduce a que coma y se enriquezca. Lo demás: el honor, la dignidad, la solidaridad entre las generaciones, los recuerdos, la fidelidad a las promesas de los abuelos... ¡ensueños! ¡quimeras! ¡sentimiento! «filosofía de bombero» todo ello! Nuestro patriotismo, pensaba nuestro primer ministro, será realista, alimentario, como el de Tiro y de Cartago. ¿Creéis que no somos patriotas? Suprimid de un hombre todo lo que se llama alma; que no sea más que estómago; ¡os figuráis que no creará en sí mismo? Creará en sí, os lo aseguro. ¡Querrá vivir; obrará, se defenderá, conquistará! Sin instinto reemplazará con ventaja a su alma. Y, de hecho, el patriotismo de M. Caillaux obraba, removía, formaba grandes planes financieros, propagaba una alianza con Berlín.

Administraba bien a Francia ese sindicato o trust. Si M. Caillaux creyó poder tratar a Francia como a una sociedad anónima, sin otra razón de ser que la de enriquecerse y gozar. Pero Francia—no la de los pasillos de la cámara y de ciertas salas de redacción—sino la verdadera Francia, idealista impenitente, hasta en su incredulidad, la verdadera Francia gritó. Se le había herido en los redaños. Se acababa de robar su alma.

«Y es que los franceses creen que Francia tiene un alma.

«Pero, se dirá, esto está en contradicción con la filosofía materialista que este pueblo parecía enarbolar. Tal vez. Si el hombre, en efecto, se resuelve en la simple bestia humana, no se ve bien por qué la nación no haya de ser un grupo de hecho, movido por el solo deseo de la fuerza y del lucro. Si, hay que conceder lógica a M. Caillaux. Si este antiguo discípulo de los jesuitas, este joven poeta de antaño, se ha desembarazado de sus escrúpulos y sus ensueños, si no cree ya más que en la riqueza, es muy natural que



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

conciba Francia a su imagen. Pero hagamos constar que Francia no ha querido ser concebida de esta manera, que ha pretendido tener un alma. Este es el hecho. Y este hecho corresponde, según creo, al instinto más profundo de nuestro pueblo: al instinto de universalidad.»

Hasta aquí Riou. Veamos lo que dice.

Y ante todo una afirmación que os parecerá paradójica, y es que cada hombre no tiene alma para sí, sino para los demás; que el alma se conoce y se afirma frente a las otras almas; que el alma es, si queréis, un producto social; que el alma de cada uno de nosotros es parte del alma de la sociedad, de que formamos parte. Y que una nación, del mismo modo, no tiene alma sino frente a las demás naciones; que el alma de una nación es parte del alma humana universal y acaso eterna. Y basta de teologías.

«Los franceses creen que Francia tiene un alma», nos dice Riou. Sí, los franceses que de veras lo son, los franceses que son algo más que bipedos implumes u «homines sapientes»—más o menos «sapientes»—o si queréis mamíferos verticales que han nacido y se han educado en Francia, creen que Francia tiene alma, aunque no crean tenerla ellos. Conozco más de un materialista que no cree en el alma del individuo humano, pero sí en la de los pueblos; conozco quien es materialista en psicología y espiritualista en sociología. ¿Absurdo? ¿Incoherencia? ¿Arbitrariedad? ¿Falta de lógica? Como queráis. Ello es así.

Aun más: conozco quien se ha convertido del materialismo al espiritualismo, dejando de mirarse a sí mismo, de escudriñar introspectivamente su propia conciencia, y poniéndose a estudiar la historia de su pueblo. Y puedo aseguráros que un patriotismo exacerbado es el camino más derecho para llegar a una fe espiritualista. Y es que el espíritu se llama patria.

No conozco la concepción de la patria que pueda tener M. Caillaux; casi nada sé de este señor. Sólo sé que los franceses con quienes he hablado, hablan de él con desdenosa indiferencia. No sé si M. Caillaux profesa las doctrinas que Riou le atribuye, y hasta dudo de que las profese así, tan crudamente. Pero conozco políticos cuya fe es la que Riou atribuye a M. Caillaux, aunque por astucia, más que por pudor, lo encubran y disfracen. Y el lema de esa fe es muy antiguo y ha cuajado, ¿cómo no? en una sentencia latina: «ubi bene, ibi patria». La patria está allí donde se está bien.

Desde luego, la patria está allí donde se está bien. ¿Pero qué es allí? ¿qué es estar bien? Hay quien se encuentra bien donde tiene abundante pasto y donde se divierte, y hay quien en medio de la mayor prosperidad material se encuentra mal, muy mal. Tiene necesidades el estómago, pero también las tiene la imaginación. Ya véis que no digo el corazón; me limito a decir la imaginación.

No acabo de comprender como hay quien cree que es algo dogmático, evidente, incontrovertible el que las reivindicaciones económicas de las clases desheredadas hayan de ir ayuntadas al cosmopolitismo, a la negación de las patrias. Pues yo también por esa ilusión; también yo





3-175

me dejé ganar antaño; del llamado materialismo histórico de Carlos Marx. Pero he vivido lo bastante para ver que el socialismo no está vinculado a la ortodoxia marxista y que se va curando de su pedantería científica. Y a su vez de la forma que a su internacionalismo le dieron unos hombres sin imaginación. Y sin imaginación quiere decir sin patria.

Lo que realmente es sin patria es el capital, el dinero; ¿pero el hombre? El oro no tiene patria; el hombre no puede menos que tenerla. A no ser que sea un hombre mudo, sin lengua y sin recuerdos.

Lo que no dice Riou es que fué un protestante, un calvinista. M. Guizot, el que predicó a la burguesía francesa el evangelio de la riqueza. Pero M. Guizot...

Dejemos ahora a M. Guizot, que fué también un patriota.

«Ubi bene, ibi patria». Si, pero cabe también decir: «ubi patria, ibi bene». Sólo estoy bien allí donde está mi patria.

Acabo de recorrer los Hurdos, esa región misérrima, donde las gentes viven una vida de angustias y de privaciones, sin pan, de patatas, viviendo en zahurdas y luchando heroicamente con un terreno ingrato. De allí emigran aunque poco, pero en cuanto hacen unos puñados de pesetas vuelven. Y es hecho observado que no son las tierras más ricas las que más llaman a sus moradores cuando se ausentan. No es al mejor, al más fuerte, al más sano de los hijos a quien más suele querer el padre, sino a aquel que le costó más desvelos y cuidados, a aquel a quien tuvo que criar arrancándole día a día, hora a hora, de las garras de la muerte. No queremos tanto a la tierra madre, a la que nos hizo, cuanto a la tierra hija, a la que hemos hecho. Y la patria suele ser hija nuestra. Y en todo caso hermana.

Ahora quiero hablaros de las Hurdas y del apego de sus pobres y heroicos hurdanos—heroicos ¡sí! a su tierra misérrima, a esas fragosas barrancas en que arrastran una existencia miserable. Las Hurdas nos ofrecen una lección de patriotismo y de espiritualidad. Porque si habéis oído que los hurdanos viven en estado salvaje, asegurad que los salvajes son los que han inventado eso.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S